

de un instante Van-Rosmal replicó con más calma:

—Spinael, es preciso no decir nada de esto á mi mujer; las mujeres son generosas también, pero á su manera, y sufren con dificultad que sus maridos lo sean. Pagadle á ella el alquiler de la casa, y no os deis por entendido de nada; pero cuidado con la juventud á la francesa, de triste memoria.

—No temáis, amigo mío, mi asno no tropieza dos veces con la misma piedra; ya conozco á esos pájaros, y tendré cuidado de no olvidar sus maneras y sus costumbres. Cualquiera que venga á pedirme en francés un par de zapatos, tiene ya para mí muy mala recomendación.

—No es preciso ir tan lejos, amigo Spinael. Los franceses que se han fijado en Améres y tienen aquí su comercio son todas personas respetables, y yo cuento entre ellos buen número de mis mejores parroquianos; pero esas ratas peladas que han asaltado nuestras casas desde el año treinta son los entes sobre los que hay que tener la vista fija. Vamos á ver vuestra nueva casa, que es muy bella y cómoda. Guardad ese dinero y esos billetes.

Algunos días más tarde, Spinael se hallaba instalado en la casa que Van-Rosmal le había alquilado; el almacén estaba guarnecido de calzado hecho y de fardos de cuero; dos obreros trabajaban con Spinael: al cabo de algunos meses éste tuvo numerosos compradores, tanto por la excelente calidad de

la obra que vendía, como por las infatigables recomendaciones de Van-Rosmal; cada domingo los dos amigos iban á Stenembrug, y jugaban en el café su partida por la noche; en una palabra, recobraron sus antiguas costumbres, y á no haber sido por la inquietud que causaba á Spinael la suerte de sus hijos, éste hubiera sido el hombre más dichoso de la tierra.

IV

Educación francesa.

La escandalosa conducta y la vergonzosa suerte de Hortensia Spinael habían alarmado de tal modo á maese Van-Rosmal, que no cesó hasta persuadir á su mujer de que Siska debía volver á casa. El doctor Pelkmans le ayudó en esta tarea. En fin, después de haber disfrutado durante tres años todos los encantos de una educación francesa, en el último de los cuales rehusó venir á pasar á su casa las vacaciones, Siska fue avisada de que iba á volver al lado de sus

padres; el día primero del mes se escribió á la Directora una carta de gracias, y se previno en otra á la joven que el día quince del mismo mes, y á las cuatro de la tarde, iría su madre á buscarla á la estación del camino de hierro.

Legó el día prefijado; el tiempo estaba sereno y hermoso; una media hora antes de la llegada del tren, una mujer que casi llegaba á la vejez estaba sola delante del despacho del camino de hierro; hallábase aseedamente vestida, y sus cabellos canos veíanse cubiertos con una gorra á la flamenca, guarnecida de encaje de gran valor; sobre sus hombros llevaba un capotillo de paño fino, y en toda su figura se reconocía á una mujer del pueblo, vestida con su traje de los domingos; sin duda para preservarle de todo ataque del mal tiempo llevaba, á pesar de que la tarde estaba serena, un paraguas de extraordinarias dimensiones.

La ternura maternal hacía palpar violentamente el corazón de la esposa de Van-Rosmal, porque ella era, en efecto. Iba á abrazar á su hija, á su querida Siska; iba á estrechar contra su seno á aquella niña tan amada, y á saborear desde entonces la recompensa de todos los combates que había tenido que sostener, de todos los pesares que había devorado, de todos los obstáculos que había tenido que vencer para conseguir que le diesen una brillante educación.

El tren silba á lo lejos; los dependientes de servicio corren por todas partes; la voz

metálica del gigantesco vehículo hace, como por magia, de la estación silenciosa el centro del ruido y del movimiento, y aquel se detiene en medio de los gritos y las voces de todos.

El seno de la madre se agita con más fuerza; ¡ha llegado el instante feliz!

La pobre mujer se coloca á la entrada de la estación, é interroga con ansiedad á los semblantes de todas las mujeres que pasan rápidamente por delante de ella.

En breve los carruajes de alquiler van tomando uno á uno el camino de la ciudad; los pesados ómnibus cierran la marcha, y á los pocos instantes la estación queda vacía, y los empleados ocupan sus sitios respectivos; los viajeros han desaparecido, y todo se sumerge en el más completo silencio.

Madama Van-Rosmal ve que se cierran todas las puertas; su corazón se oprime de tristeza y un doloroso suspiro se escapa de su pecho.

¡No ha visto á su querida Siska!

No obstante, permanece en su sitio inmóvil y como si una fuerza misteriosa la hubiese clavado en él. Quizá hubiera estado por largo espacio de tiempo sumergida en sus tristes pensamientos, si no hubiera visto á lo lejos á una joven parada al lado de un carruaje de alquiler, en la actitud de una persona que espera y pasea sus miradas en torno suyo.

—¿Será aquella mi Siska?—pensó la madre; —pero ¡no, imposible! Aquella es otra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dama opulenta; su traje de seda de un color claro deja descubiertos su cuello y sus hombros... Verdad es que una pañoleta de gasa parece que trata de recatarlos, pero no lo consigue; á cada uno de sus movimientos flotan por sus mejillas largos bucles de cabellos; en su magnífico sombrero se mecen ricas plumas; lleva en la mano una sombrilla bordada, y á sus pies se ven quince cajas de todas formas y dos enormes cofres... ¡No, esa no puede ser Siska!

Tales eran los pensamientos de la señora Van-Rosmal y las reflexiones que se hizo; de repente la elegante joven hizo un gesto de impaciencia, y este movimiento puso en evidencia sus facciones.

—¡Oh cielos, es Siska!

La pobre madre, cuyo paso era de ordinario tan lento, se lanza como una loca en busca de su hija; las lágrimas brotan de sus ojos; una radiosa sonrisa ilumina su semblante, abre los brazos y exclama con frenética alegría:

—¡Oh Siska, hija mía!

Sin duda el nombre de Siska causó á la joven una impresión penosa, porque se la vió enrojecer de repente; pero este rubor desapareció al momento, y aquella dió algunos pasos hacia su madre; ésta quiso echar los brazos al cuello de su hija, pero la joven afrancesada no quiso servir de espectáculo á los curiosos, asió la mano de su madre, la detuvo con fuerza y huyó de sus brazos.

— Buenos días, mamá, — la dijo friamen-

te.—¿Cómo os va? ¿Y papá? Tened mucho cuidado con no aplastar mis cajas. ¡Ya hace media hora que os estoy esperando!

Estas palabras atravesaron el corazón de la buena madre como si fueran la hoja de un puñal. ¿Era éste, en efecto, el lenguaje que Siska debía tener después de un año de ausencia? Ni un solo beso, ni un apretón de manos para la que durante tres años había vivido en una perpetua contienda con su marido para complacerla. Para la que había cifrado toda su esperanza en el cariño de su adorada hija.

Su seca y desgarradora acogida causó tan honda pena á la pobre mujer, que ésta llevó la mano á sus ojos y se puso á sollozar y á llorar.

No estaba, sin embargo, sofocado todo sentimiento natural en el corazón de Siska hasta el extremo de poder contemplar la emoción de su madre sin compadecerse de ella; lejos de eso, su buena índole se sobrepuso á todo; arrojóse al cuello de la infeliz mujer, la abrazó y cubrió de besos sus mejillas con una viva efusión; la anciana se sintió dichosa y consolada, retuvo á su hija junto á su seno y contempló ávidamente su rostro encantador.

De repente oyó la joven que se reían á su espalda; era un caballero, espectador irónico, que se burlaba de semejantes demostraciones de ternura; el rubor de la vergüenza subió á las mejillas de Siska, que se arrancó de los brazos de su madre y volvió á tomar

el aire indiferente que poco antes se observaba en su fisonomía.

Mientras esto tenía lugar, habíanse colocado las cajas y los cofres en el carruaje; el vehículo estaba tan lleno, que era imposible que hallasen cabida en él dos personas; Siska, temerosa de que se ajasen los delicados objetos que encerraban sus cartenes, dió orden al cochero, que vivía en su barrio, para que condujera sus efectos á la casa paterna, y resolvió ir á pie á la ciudad.

Sin riesgo de equivocarnos, podemos asegurar que no eran extraños el orgullo y la vanidad á esta determinación, y que la joven coqueta se apresuraba á aprovechar la ocasión de exhibir su linda *toilette* á sus conocimientos de Ambéres.

Siska abrió su sombrilla, tomó un aire altivo y se dirigió hacia la ciudad, sin dar á su madre ninguna nueva muestra de afecto.

Madama Van-Rosmal experimentó una sensación dolorosa con semejante frialdad; no se atrevía á acusar á su hija de tener perversos sentimientos, pero veía que el Doctor no se había mostrado mal consejero.

Absorta en su triste preocupación, caminaba como una criada que sigue á su señora.

Ya hacía algún tiempo que reinaba el silencio, y ya habían llegado á la ciudad las dos mujeres, cuando Siska, contemplando con una mirada extraña á su madre de la cabeza á los pies, la dijo:

—Pero, mamá, ¿cómo os habéis vestido?

Parecéis una pobre idiota con esa gorra extravagante y ese capotillo tan antiguo. Me estáis avergonzando. Ocultad ese paraguas de familia debajo de vuestro abrigo, porque nos van á tomar por dos paletas que vienen de su aldea.

Madama Van-Rosmal contestó con un acento tranquilo, pero que revelaba la pena que destrozaba su corazón:

—¡Siska, hija mía, no seas tan exigente! Yo visto como vestía mi difunta madre; ¿puedo cambiar en mis últimos días? No hagas caso de los que nos miran; nada tienen que ver con nosotras, porque, á Dios gracias, á nadie debemos nada.

En tanto que madama Van-Rosmal se expresaba de este modo, Siska observaba á los que pasaban, para ver si hacían efecto en ellos las gracias de que estaba adornada.

Unos cuantos jóvenes aturdidos que hablaban y se reían se ocupaban de ella al parecer, y á juzgar por la expresión de su fisonomía, decían:

—¡Qué hermosa es!...

La pobre madre se animó hasta el punto de preguntar á su hija si se había aburrido en la pensión, si se encontraba mejor en su casa y al lado de sus parientes, y otras muchas cosas por el estilo; pero cuantos esfuerzos hizo para entablar una conversación franca y familiar fueron inútiles. La ligera Siska estaba harto preocupada con el cuidado de imprimir á su modo de andar la elegancia necesaria y de recoger las lisonjas

que se imaginaba leer en el semblante de cuantos la miraban.

De pronto se le acercó un joven con la sonrisa en los labios, y con tal familiaridad, que cualquiera le hubiera creído su hermano.

Madama Van-Rosmal abrió cuanto pudo sus ojos con el objeto de ver si reconocía al recién llegado; pero jamás le había visto.

Este, sin hacer caso de las escudriñadoras miradas de la madre, se plantó atrevidamente delante de Siska y con un tono afectado la dijo en francés:

—¡Ah, buenos días, señorita Eudoxia! ¿Habéis dejado el colegio? ¿Ambéres va á tener la dicha de poseer á una joven tan encantadora? En verdad que esto es una fortuna para nosotros, que deploramos sea tan raro volver á encontrar tantos hechizos reunidos.

Siska dirigió á su interlocutor una seductora mirada, y con tímido acento respondió:

—¡Os chanceáis, señor Jorge! ¿Y cómo está vuestra hermana Clotilde?

—Bien, muy bien, contestó el joven con alguna indiferencia.

Después, dando á sus facciones una expresión irónica, dijo señalando á la anciana:

—¿Es vuestra criada?

Esta pregunta hizo enrojecer á Siska: la señorita, educada á la francesa, se avergonzaba de su madre.

Algunos instantes pasaron antes de que respondiese, llena de turbación.

—No... ¡es mi madre!

—¡Ah!—exclamó el joven; y dirigiéndose á la anciana, la dijo, saludándola compasivamente:

—Mad. Van-Rosmal, me atrevo á haceros presentes mis respetos. Tenéis una hija encantadora.

La anciana no comprendió una palabra; pero se apercibió de lo que pasaba, y se convenció de que ella era el objeto de las imprudentes burlas de aquel fatuo. No obstante, correspondió á su saludo con una inclinación de cabeza.

El joven se alejó, diciendo á Siska:

—¡Pobre mujer! Hace muy bien en tratar de llevaros cosida á su falda, porque hay muchos entre nosotros que os querrian robar. ¡Hasta la vista, señorita Eudoxia!

La madre habia contemplado esta escena con una profunda ansiedad, y habria de seguro prorrumpido en amargas quejas, si un sentimiento doloroso no hubiera comprimido su pecho.

La infeliz preguntó con marcado desprecio:

—¿Por quién nos ha tomado ese pisaverde? Á no dudar, te ha confundido con otra, porque te nombra Eudoxia. ¿Cómo has podido contestar á las habladurías de semejante necio, de un hombre que no te conoce?

Estas palabras disgustaron á Siska: era fácil apercibirse de ello al ver la expresión afectada de su fisonomía; después la joven contestó con una especie de orgullosa piedad:

—¿Acaso creéis que he pasado tres años en un colegio francés para ser impolítica y grosera? Ese joven es conocido mío: su hermana Clotilde era mi compañera y amiga, y venía con frecuencia á verla.

—¿Es por casualidad Pedro Vandertangen?—preguntó la madre.

—Sí; es el señor Vandertangen.

—Siska, ¿no te avergüenzas de tratar con esa familiaridad al hijo del hombre que afeitó á tu padre? ¿A ese pícaro holgazan, que no sabe hacer otra cosa que pasear y comerse lo poco que tienen sus parientes?

—Escuchadme, mamá: á pesar de todo eso que decís, Jorge puede haber recibido una buena educación; ha vivido en París, y aunque no sea más que un *pehuquero*, es un hombre de mundo.

—¡Ah! ¿A eso llamáis tener mundo? ¡A no hacer nada, á ser pesadilla de sus parientes! Pues bien, Siska, te digo que no debes tener relaciones con sumejantes ganapanes. Y en cuanto á tu nombre, tú te llamas Siska como yo. Dios sabe de qué almanaque habrá sacado eso de Eudoxia.

—¿Tengo yo acaso la culpa,—respondió Siska con enojo,—de que mis compañeras de colegio hayan cambiado mi nombre por ser demasiado vulgar? Además, prefiero llamarme Eudoxia á Francisca: este nombre me desgarró los oídos.

¡Madre infeliz! En este momento se acordó de la miserable conducta de Hortensia Spinael, y la angustia la hizo temblar.

De seguro hubiera dirigido á su hija una reprimenda más viva; pero llegaban entonces á su tienda, en la cual entraron.

Sólo hallaron á monsieur Van-Rosmal ocupado en moler café: Siska le abrazó sin esfuerzo: no había ninguna mirada extraña que pudiera hacerla enrojecer. El noble padre, en este primer momento, se abandonó por completo á su ternura natural, y besó y estrechó contra su corazón á su hija; pero estas cariñosas demostraciones fueron muy pronto interrumpidas por Siska, que preguntó en francés:

—Mamá, ¿dónde está mi cuarto? ¿Puedo acaso dejar mis cajas en la tienda? Cochero, ayudadme á subirlas.

Una hora después Siska, encerrada en su cuarto, sacaba sus numerosos sombreros y vestidos, arreglaba sus botes de pomada y sus frascos de esencia, y ahuecaba sus bucles á fin de hacerlos flotar más ligeramente.

Su voz se oía desde la tienda: entonaba una canción francesa.

Mister Van-Rosmal permanecía absorto detrás de su mostrador: una de sus manos descansaba pesadamente sobre el manubrio del molino del café, con la otra se frotaba la oreja como un hombre desesperado; le absorbía una profunda y penosa meditación: pensaba también en Hortensia Spinael y murmuraba de vez en cuando:

—¡Qué imbécil soy! Ojalá que hubiese roto los brazos y las piernas á mi mujer primero que... El doctor Pelkmans tenía razón...

Pero ¿de qué sirven ahora los lamentos?

Una ansiedad más viva, una inquietud más grande, y sobre todo, amargos remordimientos de conciencia torturaban á la pobre madre. Sentada en un rincón de su sombría cocina, y presa del más cruel dolor, lloraba por intervalos y con tanta mayor abundancia cuanto más tristes eran sus reflexiones.

Por desgracia, ni los lamentos ni las lágrimas produjeron mejor efecto que las reflexiones y los ruegos: todo fue inútil. Siska persistió en hacer su voluntad.

No obstante, el amor maternal se fue apoderando poco á poco del corazón de la señora de Van-Rosmal, y gracias á los esfuerzos que debió hacer para proteger á Siska contra el enojo de su padre, concluyó por no ver en su hija nada malo en el fondo: ésta tenía muchos caprichos, pero no hacía ningún mal en tenerlos.

Por efecto de esta indulgencia, la madre volvió más afectuosa á la hija para con ella, y se consolaba diciendo á los parroquianos:

—Nuestra Siska posee una extraordinaria instrucción, vecino. Sabe el francés mejor que el flamenco. ¡Es una perla!

Como todas las jóvenes de la clase humilde educadas en un colegio francés, Siska poseía una rara instrucción. Respecto del francés no sabía más que cambiar algunas frases vacías de sentido: ignoraba hasta los rudimentos de la Aritmética; esta es una ciencia demasiado difícil para tan delicadas criaturas. En cuanto á Geografía, no había

aprendido más sino que París es la más hermosa ciudad del mundo, el paraíso de las jóvenes, donde se juega y se baila siempre, donde hay más teatros que iglesias, donde se inventan las modas y las pomadas. En Mitología sólo había aprendido que la diosa del amor se llama Vénus, y que Cupido es su hijo. Conocía, además, los nombres franceses de todos los trajes femeninos, de todas las telas, de todas las pomadas, esencias y productos de la perfumería, de todos los pastelillos y tartas del mundo.

En esto consistía la instrucción de Siska. ¿Era ésta una perla, ó una loca á la francesa?

Maese Van-Rosmal no hubiera dado á esta pregunta una respuesta favorable, á juzgar por las siguientes palabras que dirigía por entonces al doctor Pelkmans:

—Si hubiéramos seguido vuestro consejo, Doctor, nuestra Siska estaría hoy, dichosa y modesta, detrás de su mostrador. Ella nos amaría sinceramente, y nosotros trabajaríamos muy contentos para dejarla al morir una fortuna regular y una tienda acreditada; pero ¡ay, qué diferencia! Siska se sienta detrás del mostrador con un delantal de seda y los cabellos rizados; está charlando todo el día con una caterva de necios que, con el pretexto de comprar cigarros, invaden mi casa y arrojan de ella á mis buenos compradores: ya he perdido la mitad de mis parroquianos: amigo Pelkmans, cuando yo me muera, la tienda de mi padre se desacredita-

rá por completo, porque Siska no querrá casarse jamás con un joven de su condición; y hacedme el favor de decir: ¿qué hay que esperar de todos esos fátuos que la rodean? Tenlais razón, Doctor: una sólida educación flamenca hubiera hecho de mi Siska una hábil, económica y ejemplar ama de su casa: poseería conocimientos mucho más útiles que los que posee: sería piadosa y modesta como antes; pero ¡cómo ha de ser! Le fue preciso ir á un colegio y aprender francés. ¿Y será posible que semejante educación convenga á las hijas de la alta clase? aunque me resisto á creerlo, lo que sé es que causa la completa pérdida de las jóvenes de la clase humilde. Y ¿qué remedio, Doctor? Como vos decís, después del asno muerto...

V

Más vale arrepentirse tarde que nunca

Desde el primer día que volvió á la casa paterna, Siska no hacía otra cosa que lamentarse de todo.

Sus honrados padres no podían hacer na-

da que no fuese vulgar, malo é inconveniente; y la señorita, traviesa como ella sola, manejaba y torcía la voluntad de sus padres como si fuera de cera.

Siska no podía comer antes de las tres, porque su estómago no era un estómago vulgar.

Así que se apercibieron de esta novedad, el padre se encolerizó y la madre tuvo un profundo pesar; ambos habían comido á una misma hora durante toda su vida, y se asustaban con la idea de un cambio tan capital, cambio que debía alterar todas sus ocupaciones; pero Siska empezó á disgustarse y á representar el papel de víctima resignada: de nada le sirvió este recurso, si bien la madre, compadecida, acudió en su ayuda. Entonces Siska fingió un desmayo, tuvo terribles ataques de nervios, y cualquiera, al verla, hubiera dicho que estaba á las puertas de la muerte. Un médico francés, que tenía vastísimos conocimientos acerca de las enfermedades particulares de las jóvenes bien educadas, dijo tantas cosas horribles de los nervios de las mujeres, que los padres de Siska, llenos de ansiedad, resolvieron al instante comer á las tres en punto.

¡Cuántas veces, sin embargo, tendrían que sufrir los rigores del hambre, levantándose siempre de cuatro á cinco de la mañana, y estando en ayunas hasta tan tarde! En cambio, la ociosa Siska no miraba más que su comodidad, ni bajaba de su cuarto antes de las nueve.